Las *Floreccillas* de San Francisco de Asís: el encanto de lo sencillo

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v55i193.473>

GONZALO FERNÁNDEZ-GALLARDO JIMÉNEZ, OFMConv

Fr. Gonzalo Fernández-Gallardo Jiménez, nacido en Escalonilla (Toledo), en 1961, fraile franciscano conventual (OFM Conv.), licenciado en Teología (Historia de la Iglesia) por la Universidad Pontificia Comillas, fue rector del Seminario Menor que la Orden tenía en Palencia, vicario y secretario de la Provincia OFM Conv. de España, y párroco de Ntra. Sra. del Rosario de Madrid (2004-2008); actualmente es el responsable de la Casa de Formación de su Orden en Madrid, Consiliario diocesano del Movimiento Familiar Cristiano y Asistente Nacional de la Milicia de la Inmaculada.

Benedicto XVI ha resaltado en las diversas intervenciones que ha tenido con motivo del VIII Centenario de la proto-regla franciscana la belleza de Dios en la realización cristiana de san Francisco y de los franciscanos. Belleza plasmada en *Las Floreccillas* de la que nos da cuenta el autor. Una belleza: ternura de los personajes, sencillez de la mirada, frescura y valentía de vida, armonía con la creación, empatía con los enemigos, contemplación amorosa de la cruz,... que surge, hoy más que nunca, como canal de la llamada al seguimiento de Jesucristo. Cuando el racionalismo esclaviza, el psicologismo subjetiviza y el publicismo confunde, surge la estética, la belleza como razón y como lógica, para trasmitirnos la voz del Señor que nos busca y nos invita a ser y vivir el Evangelio del Señor.

ÍNDICE

1. Ubicación literaria de las Florecillas (63); 2. Dimensión estética: la belleza de Dios (65); 3. Dios trascendente y cercano a la vez (68); 4. La llamada en el proceso espiritual de San Francisco (70); 5. Tres florecillas para los jóvenes de hoy (74); a. La perfecta alegría (cap. 8): Cómo San Francisco enseñó al hermano León en qué consiste la alegría perfecta (74); b. El lobo de Gubbio (cap. 21): Cómo San Francisco amansó, por virtud divina, un lobo ferocísimo (78); c. Predicación ante el sultán de Egipto (cap. 24): Cómo San Francisco convirtió a la fe al sultán de Babilonia (82); 6. A modo de conclusión (86).

El libro titulado *I Fioretti di San Francesco* -en español, *Florecillas de San Francisco*- es una de las obras maestras de la literatura universal; traducido a muchas lenguas, sigue editándose sin cesar, no perdiendo nunca su constante actualidad.

En italiano se publicó ya antes del año 1500, y se suele afirmar que la primera traducción al español apareció por capítulos en la *Revista Franciscana* de Barcelona a partir de su primer número, en 1873. Luego se hizo clásica la monumental edición de las *Florecillas de San Francisco* que vio la luz en 1926 para conmemorar el VII centenario de la muerte del santo; en su prólogo se habla de las diversas ediciones en español publicadas desde comienzos del siglo XX hasta ese momento.

Las *Florecillas* presentan a San Francisco de Asís como *Patriarcha pauperum*, de hecho comienzan con la llegada del primer hermano que recibe en su compañía, fray Bernardo de Quintavalle; nada mencionan de su infancia y juventud, tampoco aluden a su largo y sugerente proceso de conversión, como hacen casi todas las biografías del Poverello. En las *Florecillas*, sin embargo, encontramos hermanos y experiencias del primer siglo de vida franciscana, tan rico en grandes figuras y en movimientos espirituales¹.

¹ R. MANSELLI, *Para mejor conocer a Francisco de Asís*, Oñati 1997, p. 112: *La cuestión franciscana no es sólo un juego entretenido de eruditos... por sí misma enseña algo fundamental sobre Francisco, es decir, que su experiencia y su mensaje no eran unívocos, dado que no fueron reducibles a una única voz.* J. DALARUN, *La malaventura de Francisco de Asís*, Oñati 1998, p. 18: *La excepcional complejidad del dossier hagiográfico franciscano no es una mala jugada del destino: la complejidad*

1. Ubicación literaria de las *Florecillas*

Las *Florecillas de San Francisco* tienen dos partes: la primera consta de 53 capítulos, que tratan de la vida del santo de Asís y sus primeros compañeros; la segunda está formada por cinco consideraciones acerca de la impresión de las cinco llagas de Jesucristo en su cuerpo, estando en el monte Alverna en septiembre de 1224.

Las *Florecillas* son la traducción no íntegra de una obra escrita en latín, conocida con el nombre de *Actus beati Francisci et sociorum eius*² (*Hechos del beato Francisco y de sus compañeros*): se trata de una recopilación de episodios de la vida de San Francisco y de sus primeros seguidores que se realizó en la región italiana de las Marcas a finales del siglo XIII.

El compilador de los *Actus* fue fray Hugolino Boniscambi de Montegiorgio, pero el vulgarizador autor de las *Florecillas* nos es desconocido. Según los más prestigiosos franciscanistas, fray Hugolino, sirviéndose de materiales preexistentes, entre 1340 y 1350, dio forma definitiva a los *Actus*. Pero no se sabe con exactitud cuándo fue escrita su versión en lengua vulgar; los especialistas indican que antes de 1396, porque en ese año está fechado el códice de las *Florecillas* de Amaretto Mannelli, padre de Francesco Mannelli, copista del *Decamerón* de Boccaccio. También parece cierto que Amaretto copió el texto de un ejemplar anterior; luego la fecha de esta famosa *vulgarización* no es muy lejana a la de su original latino.

filológica de las leyendas es hija de la misma polisemia de la experiencia real de Francisco. R. RUSCONI, "Dalla 'questione francescana' alla storia", en AA.VV., *Francesco d'Assisi e il primo secolo di storia francescana*, Turín 1997, p. 357: *Parlare di 'questioni francescane' al plurale, in luogo della consueta espressione 'questione francescana', indica un orizzonte storiografico volto a uscire al di fuori di un'impostazione sostanzialmente monolitica e a mostrare, invece, in quale modo la presunzione di essere in presenza di un'unica storia del francescanesimo, distesa nell'arco di oltre sette secoli, risulti in sostanza alquanto ingannevole.*

² La primera edición crítica fue publicada por P. SABATIER en "Coll. d'Études et Documents" 4 (París 1902). Más tarde, A. G. LITTLE publicaba una edición más completa, basada en un manuscrito descubierto por él, en "British Society of Franciscan Studies" 5 (Aberdeen 1914) pp. 9-113. E. MENESTÒ, "Gli *Actus Beati Francisci et sociorum eius*", en AA.VV., *Fontes Franciscani. Introduzioni critiche*, Santa María de los Ángeles - Asís 1997, pp. 209-238. No contamos con traducción al español de esta fuente franciscana; recientemente ha sido traducida al francés por A. LE HUÉROU, *A l'origine des Fioretti. Les Actes du bienheureux François et de ses compagnons*, París 2008, 284 pp.

Tampoco se debe olvidar que fray Ángel Clareno, uno de los más influyentes hermanos del grupo de los *espirituales*, terminó su obra *Libro de las Crónicas o de las tribulaciones de la Orden de los frailes menores* hacia 1325; poco después, en círculos cercanos a su pensamiento, tomó forma la recogida de episodios de los que proceden las *Floreccillas*. Sin embargo, entre estas dos obras hay muchas diferencias, dado que en la obra de Clareno sobresale la polémica entre los frailes de la comunidad y los espirituales, mientras que las *Floreccillas* se centran en poner de manifiesto *la belleza de una vida sencilla*³, eso sí, propuesta con una radicalidad admirable. Esta insigne obra apareció, pues, en tiempos difíciles para Orden -se ha hablado incluso de *la identidad negada*⁴-, poniendo así de manifiesto que las diversas coyunturas históricas no podrán apagar nunca la frescura de la experiencia evangélica vivida por San Francisco de Asís y los primeros hermanos que el Señor le dio⁵.

Estamos ante una de las más preciosas fuentes hagiográficas sobre la vida del Poverello, un importante conjunto de *leyendas* (escritos *para ser leídos*) que pretenden transmitir la novedad que supuso lo vivido por Francisco de Asís y su entorno. Hoy día se suele tener un concepto de historia como *ciencia exacta* que da a conocer lo acaecido en el pasado y estas *leyendas* se consideran fácilmente como exageraciones de mentes medievales. Pero no es así. Es verdad que la hagiografía medieval entremezcla constantemente los datos con su interpretación más profunda, lo objetivo con lo subjetivo, lo natural con lo sobrenatural. Pero, ¿es posible realizar una distinción tan clara entre estos niveles de la realidad como hoy parece pretenderse? Salvando las distancias, es una cuestión similar a la que plantea Benedicto XVI en el prólogo de su obra *Jesús de Nazaret* al referirse a la necesidad del método histórico-crítico, pero añadiendo que *no agota el cometido de la interpretación para quien ve en los textos bíblicos la única Sagrada Escritura y la cree inspirada por Dios*⁶.

Igual que para la escuela de Bultmann se debía renunciar a toda posible biografía de Jesús, casi lo mismo han pensado algunos respecto de San Francisco, al plantear que es muy difícil establecer una datación exacta en

³ F. ACCROCCA, en la introducción a "I Fioretti di San Francesco", en E. CAROLI (Ed.), *Fonti Francescane, nuova edizione*, Padua 2004, p. 1127.

⁴ G. G. MERLO, *En el nombre de Francisco de Asís. Historia de los Hermanos Menores y del Franciscanismo hasta los comienzos del siglo XVI*, Madrid 2005, p. 282.

⁵ Y después que el Señor me dio hermanos... (*Testamento de San Francisco*, n. 14).

⁶ J. RATZINGER - BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret. Desde el bautismo a la transfiguración*, Madrid 2007, p. 12.

su biografía⁷. Las *Florecillas*, evidentemente, no son *Palabra de Dios*, pero ofrecen una profunda experiencia de Dios acaecida en las coordenadas espacio-temporales en las que nos desenvolvemos los seres humanos. Los lenguajes que expresan la experiencia mística pueden cambiar, pero siempre se enfrentarán a la tarea de poner palabras a lo que por su propia naturaleza tiene mucho de inefable, de inenarrable.

El P. Armando Quaglia, ante la vieja polémica sobre la historicidad de las *Florecillas*, terminaba uno de sus estudios sosteniendo que cuanto más se profundiza en la investigación histórica con estudios minuciosos más se confirma la veracidad de su autor, eliminando los equívocos más patentes y clamorosos, y se evidencia que su nivel de historicidad es similar al de las otras fuentes franciscanas. Eso sí, las *Florecillas* recrean materiales comunes y los plasman con su peculiar atmósfera artística⁸.

2. Dimensión estética: la belleza de Dios

Las *Florecillas* son efectivamente una obra de arte, con una prosa tierna y vigorosa como los episodios que narran; el lector descubre pronto una naturaleza virgen reencontrada con ojos creyentes, descubre hombres entregados a la más limpia vida fraterna, descubre el camino del corazón, el camino que toda la tradición franciscana adopta para llegar a iluminar la inteligencia. Por eso, incluso el más descreído lector se conmueve ante relatos como el del leproso o el de los ladrones de Monte Casale.

Estamos ante una bellísima epopeya de unos hombres llamados a recuperar los tiempos iniciales de la nueva creación, instaurada ya por el acontecimiento redentor acaecido en la vida, pasión, muerte y resurrección de Cristo Jesús, el Hijo del Dios vivo, el Hombre Nuevo:

⁷ Por eso se agradece todo esfuerzo de armonizar las diversas fuentes franciscanas a la hora de escribir la biografía de San Francisco. Un reciente caso concreto: T. GÁLVEZ CAMPOS, *Francisco de Asís, paso a paso. Itinerario cronológico, geográfico y espiritual*, Madrid 2009, 719 pp.

⁸ El P. Quaglia concluye: *Tutto sommato, si può, allora, con tranquillità affermare che da qualunque lato: soggettivo per l'onestà dell'autore, oggettivo per la provata documentazione della materia, artistico per l'esposizione lirico-narrativa, i Fioretti vengono esaminati, senza cieche prevenzioni, essi meritano rispetto e credibilità storica, avendo tutti i requisiti dei libri che rivendicano questa prerogativa. Nessuno pretende che siano ritenuti infallibili ed esenti da errori, dovuti alla fragilità umana e alla metodologia del tempo...*: A. QUAGLIA, *Studi su I Fioretti di S. Francesco*, Ancona 1977, pp. 97-98.

Francisco y los suyos *dialogan familiarmente con Dios, viven la alegría de sentirse criaturas suyas, hechas a su imagen y semejanza; son arrastrados a amar todas las cosas del universo, porque Dios los amó primero; haciéndose eco de todos los seres creados, tributan a Dios las alabanzas debidas, convirtiendo el universo entero en un templo que tiene por bóveda el firmamento; restablecen la armonía primera entre el hombre y las bestias, aun las más feroces, como le sucedió a Francisco con el lobo de Gubbio*⁹.

Se ha dicho también que seguramente sean la más bella y completa representación episódica en un solo libro del Sermón del Monte, más en concreto, de las Bienaventuranzas, dado que cada página nos transporta a un mundo puro e inocente, donde el milagro, lo sobrenatural, las más genuinas virtudes evangélicas son para estos *hombres crucificados* tan connaturales como el aire que respiran¹⁰. El autor se expresa por eso con la convicción propia de un artista, de un creador de su propia obra, en la que aparece una amplia gama de sentimientos humanos: para que florezca la humildad, San Francisco ordena a su hermano que le pise y le diga: *Aguanta, villano, hijo de Pedro Bernardone. ¿De dónde te ha venido tanta soberbia siendo tan vil criatura?*; fray Maseo, no pudiendo reprimir sus celos, exclama: *¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti?*; cuánta simpatía, qué amor más auténtico, pleno y sin doblez, cuando el Poverello manda a fray Maseo y fray León: *Salid al encuentro de mi hijo carísimo fray Ricerio, abrazadle y saludadle de mi parte, y decidle que entre todos los frailes que hay en el mundo tengo por él singular predilección*; la generosidad de fray Ángel, que conmueve al fundador: *hijo mío, eres joven delicado y noble; acaso no podrás resistir nuestra austeridad y pobreza*. Además, constantemente se dibujan con belleza las características de un alma caballeresca como la de San Francisco, pues él mismo solía repetir: *la cortesía es una de las características de Dios...*, y es *hermana de la caridad*. Los humildes frailes, los *bufones* de las *Floreccillas* están inmersos siempre en las cosas del espíritu, con sus ojos elevados al cielo, pero a su vez viven en armonía con las criaturas. Francisco es presentado como *un hombre despreciable y pequeño de cuerpo; los que no le conocían le reputaban por un pobrecillo vil*, pero, a la vez, sus manos son capaces de recoger al frailecillo que, tras espiar sus experiencias místicas durante la noche, yacía como muerto en medio del bosque: *lo levantó y cogiéndole en brazos se lo llevó, como el buen pastor lleva a su ovejita*.

⁹ I. VÁZQUEZ JANEIRO, *Las Florecillas de San Francisco de Asís*, Madrid 2008, p. 10.

¹⁰ Cfr. la introducción de la edición de las *Floreccillas* del padre capuchino M. D'ALATRI, *I Fioretti di San Francesco*, Roma 1979, pp. 17-23.

Las *Florecillas* corroboran que el principio inspirador de toda la escuela franciscana fue la categoría del *bonum* y del amor, con la intención de ser fieles a la experiencia que vivió San Francisco: *el solo verdadero Dios, que es el bien pleno, el todo bien, el bien total...* (1Regla 12,9). Es como si Francisco y sus hermanos hubieran redescubierto la interioridad personal: Dios se hace presente de forma inmediata en el alma humana y por ello puede ser conocido directamente; cada persona ha sido dotada de una *luz divina* por la que puede llegar a conocer lo concreto, lo real, las cosas, lo empírico. Es una visión optimista y amorosa del hombre y del mundo, que pone de relieve que cualquier progreso en las ciencias físicas o naturales, en las matemáticas, en la medicina, o en cualquier otro saber, se basa en la luz interior que lleva toda persona.

Y qué decir sobre Clara y sus hermanas. Ya fray Tomás de Celano, primer biógrafo de San Francisco, las llamaba *perlas preciosísimas, cuya alabanza no procede de los hombres, sino de Dios*. En las *Florecillas* también se destaca su amor mutuo y constante, la humildad, la virginidad, la altísima pobreza, la mortificación y el silencio, la paciencia en la tribulación y la más alta contemplación.

Tampoco hay que olvidar a los seglares franciscanos, hermanos y hermanas llamados a vivir el Evangelio en medio del mundo al estilo de San Francisco: penitentes en el uso moderado de sus bienes, al servicio de la caridad y la justicia, huyendo de la avidez y de todo afán de dominio, obligados a pagar los diezmos a la Iglesia, y a hacer testamento en los primeros meses después de la profesión, para evitar motivos de enfrentamiento entre los herederos.

Es la belleza de una humanidad reconciliada en lo íntimo de los corazones, en las relaciones entre los hombres y de éstos con la naturaleza, y de todo y de todos con el Creador y Redentor. Por eso no extraña que el papa Benedicto XVI, en su homilía del 1 de enero de 2009, recordase que *en la historia de la Iglesia y de la civilización cristiana el franciscanismo constituye una amplia corriente de pobreza evangélica, que tanto bien ha hecho y sigue haciendo a la Iglesia y a la familia humana*; ni que, en el discurso dirigido al *Capítulo de las esteras*, el 18 de abril de este mismo año 2009, el mismo Benedicto XVI haya dicho que la Orden es *un don precioso dentro del pueblo de Dios*, que los frailes han de *perder la propia vida por la causa de Jesús y del Evangelio*, con *ánimo contemplativo, sencillo y alegre*, y así *ser testigos de la "belleza de Dios"* como San Francisco, que exclamaba: *Tú eres la belleza*, para terminar confiándoles la tarea que el Señor mismo pidió a San Francisco: *ve y repara mi Iglesia*. Ya antes, en el mensaje que dirigió al capítulo general de los Franciscanos Conventuales, durante su viaje apostólico a Asís (17 de junio de 2007), exhortó a hacer realidad lo que evidencian las *Florecillas* de modo sublime

y sencillo:

A los Frailes Menores Conventuales se les pide, ante todo, que anuncien a Cristo: que se acerquen a todos con mansedumbre y confianza, con una actitud de diálogo, pero dando siempre un testimonio ardiente del único Salvador. Que sean testigos de la "belleza" de Dios, que San Francisco supo cantar contemplando las maravillas de la creación...Sí, San Francisco es un gran maestro de la via pulchritudinis. Los frailes deben imitarlo irradiando la belleza que salva.

3. Dios trascendente y cercano a la vez

Normalmente se recurre a los escritos de San Francisco para conocer cuál fue su imagen de Dios. En ellos *aparece Dios como Padre –cosa que ocurre con muchísima frecuencia-,... Dios es Padre a causa del misterio trinitario, a causa, sobre todo, del Hijo y de sus relaciones con Él*¹¹. Esta centralidad de los escritos ha ido muchas veces en detrimento de lo que nos aportan las biografías. Sin embargo, no habría que olvidar que *los escritos de San Francisco son unos treinta. Algunos de ellos... de enorme relieve... No obstante, poniéndonos a verlos en relación con el conjunto de su vida, advertimos que en el fondo representan bien poca cosa*¹², aunque no tengamos más remedio que convenir en que algunos textos de los escritos son hermosísimos¹³.

¹¹ T. MATURA, 'Mi Pater sancte'. *Dios como Padre en los escritos de Francisco*, en *Selecciones de Franciscanismo* 13 (1984) 405. Más bibliografía en español sobre este asunto: C. M. TEIXEIRA, *Dios en la experiencia personal de S. Francisco de Asís*, en *Selecciones de Franciscanismo* 12 (1983) 209-239; P. B. BEGUIN, *Visión de Dios en San Francisco y la que tiene el hombre de hoy*, en *Verdad y Vida* 35 (1977) 47-71; L. LEHMANN, 'Venga a nosotros tu reino'. *El Padrenuestro con San Francisco*, en *Selecciones de Franciscanismo* 17 (1988) 267-299; J. MICÓ, *Francisco, testigo de Dios*, en *Selecciones de Franciscanismo* 17 (1988) 167-192; L. MATHIEU, *Dios Padre en la experiencia cristiana de Francisco de Asís*, en *Selecciones de Franciscanismo* 18 (1989) 55-60; T. MATURA, *Francisco de Asís, otro Francisco. El mensaje de los escritos*, Oñati 1996, pp. 61-94; D. DE AZEVEDO, *Francisco de Asís, fe y vida*, Oñati 1987, pp. 49-71.

¹² G. MICCOLI, *Francisco de Asís. Realidad y memoria de una experiencia cristiana*, Oñati 1994, p. 49.

¹³ *Qué glorioso, santo y grande es tener un Padre en el cielo: 2CtaF 54; este otro: Y te damos gracias porque, al igual que nos creaste por tu Hijo, así, por el santo amor con que nos amaste, quisiste que Él, verdadero Dios y verdadero hombre, naciera de*

Sin embargo, tanto las *Florecillas* como las dos “*Vidas*” de Tomás de Celano, la de Julián de Espira, el Anónimo de Perusa y la *Leyenda de los tres compañeros*, la amplia recopilación de flores y de exempla ... constituyen un conjunto sin igual para la historia de la vida y de la experiencia religiosa de un hombre del bajo Medievo¹⁴ y, por lo tanto, nos sirven para vislumbrar la imagen de Dios que tuvo Francisco, el trasfondo teologal que movió su vida a una identificación plena con el Crucificado. Por eso todas las fuentes hagiográficas son un tesoro que nos permite un acercamiento *más actual* a la experiencia profunda del Poverello, porque es como si estuviésemos ante una película o una novela que pretendiera reflejar las vivencias que precisamente traslucen su profunda experiencia de Dios, la imagen de Dios que está en el fondo de todo lo vivido por él.

Como ya hemos indicado, las *Florecillas* no atienden a la primera imagen de Dios Padre que tuvo san Francisco de Asís, ni antes de su conversión ni en el proceso de la misma. Con todo, podríamos decir que fue una imagen de Dios Padre propia de su época. Además de la formación de un niño y joven de sus días, como por ósmosis adquirió un sentido y un concepto de la presencia de Dios en el mundo y en el hombre; correlativamente en él se generó una imagen de hijo, el deseo de ser un buen hijo en torno a conceptos como sumisión, cumplimiento, espera de recompensa, seguridad fuera de sí (padre que protege), dependencia (falta de libertad), *estar vigilado*, etc. Más adelante, tras su profundo proceso de conversión, el joven Francisco va pasando del egocentrismo -Dios en función de mí, *do ut des*, soy bueno para ganarte, para que me premies; no aguanto un reproche tuyo (depresión), me siento inconsistente como un bebé ante Dios, un eterno niño posesivo, celoso e inseguro- al heterocentrismo. Francisco pasa de considerarse un hijo *vigilado* a ser hijo libre para amar; de ser un hijo *deshabitado* a vivirse como un hijo habitado por el Padre; ha experimentado que Dios Padre toma la iniciativa, está siempre en el camino, es creador de vida nueva y mueve a conversión. Experimentó con fuerza y hondura el *señorío* de Dios y la consecuencia de aceptarlo, el éxodo de sí mismo: una experiencia que cambia lo amargo en dulzura del alma. Ésta sí es la imagen de Dios que transmiten las *Florecillas*, cuando Francisco comienza a recibir a los hermanos que el Señor le da. Dios es un Padre fecundo que lo hace ser fecundo en los hermanos que le concede:

la gloriosa siempre Virgen beatísima Santa María, y quisiste que nosotros, cautivos, fuéramos redimidos por su cruz y sangre y muerte. Y te damos gracias porque este Hijo tuyo ha de venir en la gloria de su majestad: 1R 23,3; o la misma paráfrasis del Padrenuestro.

¹⁴ G. MICCOLI, o.c., p. 215.

Bernardo, Pedro Cattani, Gil, Felipe... Dios Padre lo cuida -no abandona la obra de sus manos-, pero de forma no proteccionista, no le ahorra tener que lidiar con sus sentimientos, a veces contradictorios.

Dios es realmente el Padre de todos; por eso Francisco organiza la actividad de sus hermanos enviándolos a predicar de dos en dos, invitándolos a poner su confianza en el Señor, que siempre los sostendrá. Durante el camino platicaban y se gozaban de los dones recibidos y en cómo sus vidas y costumbres servían de ejemplo a sus prójimos. Reciben pan en el camino, concluyen que Dios es providente, encarnado. No tenían nada y estaban alegres, entienden que Dios era su alegría. La acción del Espíritu Santo les provocaba gozos indecibles: *sintió en el alma tal dulzura y tal consuelo... como jamás lo había sentido en su vida* (cap. 13). Luego celebrarán el reencuentro, y se corregirán mutuamente y se animarán.

Estamos ante la imagen de un Dios vivo, los hermanos son conscientes de que todo cuanto son y cuanto hacen ha de ser para gloria suya, porque todo lo nuestro es transitorio. Por eso mismo, comprenden la obediencia como una desapropiación de la propia voluntad, para ser verdaderamente libres para hacer la voluntad de Dios. Todo se ha de vivir en relación a Dios: *cuantos mayores dones y gracias nos dé Dios, tanto más humildes debemos ser* (cap. 12). Del mismo modo, el tesoro de los hermanos es la pobreza, pues en ella resplandece la obra de Dios: *aquí no hay cosa alguna preparada por la humana industria, sino que todo nos lo ha preparado la divina Providencia* (cap. 13). Por ello, Dios es digno de toda bendición. Las mismas criaturas irracionales percibían el afecto y barruntaban el amor que Francisco sentía por ellas, pues gozaba al contemplar en ellas la sabiduría del Creador, su poder y su bondad.

En definitiva, San Francisco nos transmite la imagen de un Dios Padre en el que te has de abandonar totalmente para poder encontrar tu propia vida. Gustada la bondad-amor de Dios, Francisco estaba dispuesto a sufrir todo tipo de padecimientos en el alma o en el cuerpo, porque, como en Jesucristo, *su alimento era hacer la voluntad del Padre*. Es el crisol del sufrimiento, significado de manera singular en la experiencia de las llagas, el que las *Floreccillas* se encargan de narrar de forma preciosa.

4. La llamada en el proceso espiritual de San Francisco

Dado que en nuestros días tendemos a mirar la vida como proceso -en cristiano, proceso para ir dejándose transformar por el Espíritu hasta llegar a encarnar plenamente la *forma Christi*-, el proceso vivido por hombres como San Francisco de Asís nos resulta singularmente luminoso. Así, aunque las *Floreccillas* no narran su itinerario de conversión, para trazar un

breve bosquejo de la llamada permanente de Dios a lo largo de todo su camino espiritual, nosotros nos remitimos a las primeras etapas de su proceso vocacional¹⁵.

El hijo de Pedro Bernardone, en cuanto hijo de un rico mercader de la nueva clase social de la época, la burguesía, trabajaba con su padre en el convulso ambiente sociopolítico de Asís en los primeros años del siglo XIII. Amigo de juergas, viste pomposamente. Es admirado por su alegría, su elegante trato y su sensibilidad hacia las necesidades ajenas. Contagiado por las modas del *amor cortés*, idealiza el amor y la entrega a las nobles causas.

Entre 1202 y 1206 padeció una larga crisis personal y tiene lugar su proceso de conversión. Tras la batalla de Collestrada cayó prisionero y experimentó la derrota y el sufrimiento. Tras la cárcel, meses de enfermedad en los que comenzó a cavilar y a replantearse su vida anterior. Pero de nuevo se alista para la guerra; en Espoleto, en sueños, se le plantea la alternativa de servir al mejor señor. Ya en Asís, vive un tiempo de batallas interiores, el conflicto con su padre y un encuentro en dos formas: el leproso y el Crucificado de San Damián. Rompe definitivamente con su padre y comienza su camino *penitencial*: dos años dedicados a los leprosos, la oración y la reconstrucción de ermitas. Francisco tenía ya 24 años. En su época un muchacho se podía casar a los 14 años. Llama la atención que el proceso de conversión sea tan largo: es que afecta a todo su ser, y además los tiempos de Dios no los controlamos.

Francisco ha vivido en su propia carne el deseo de plenitud y la realidad del fracaso, la búsqueda de la felicidad y la experiencia del sufrimiento, proyectos soñados y la imposibilidad de realizarlos, y sobre todo una verdadera experiencia espiritual: se ha encontrado con un Dios vivo ante el que se ha desprotegido y en el que ha comenzado a confiar radicalmente. El *corazón* de Francisco ha comenzado a resituarse, a dejar que obre en él el Espíritu de Dios.

Francisco debió comenzar a notar que vivía *desde dentro*, aunque no controlase el origen de ese cambio. Francisco conquista una libertad interior, pero ve que en lo profundo le ha sido dada. No es que Francisco haya descubierto la mentira existencial del dinero, o del prestigio, o de la ambición, y por eso se dedica a la espiritualidad, es que Francisco se ha encontrado con el Dios vivo, que lleva la iniciativa salvadora de su vida. Francisco ha ido dejando que Dios sea Dios, que sea el centro; él confía y

¹⁵ Este apartado está basado en la obra de J. GARRIDO, *Itinerario espiritual de Francisco de Asís. Problemas y perspectivas*, Madrid 2004, 298 pp.

obedece, en agradecimiento humilde, dejando en manos de Dios su futuro, amando al Crucificado y a los pobres: *lo amargo se le volvió dulzura de alma y cuerpo* (*Testamento*, n. 3).

Experimentó una desproporción en el amor de Dios. De ahí surgió un deseo que marcó toda su vida: el *más* de su proyecto evangélico – *más* pobreza, *más* humildad, etc.- o el *más* de su deseo de martirio. Y todo esto vivido entre luces y sombras, abrumado y confiado a la vez. La oración ante el crucifijo de San Damián¹⁶ expresa el contraste entre las tinieblas del propio corazón y la luz que ha de venir de Dios. Francisco vivió, pues, un proceso de conversión en una dinámica de discernimiento que lo llevó a un cambio radical de vida: su yo es más yo centrado en el Tú misericordioso y fiel de Dios. De pertenecerse a sí mismo comenzó a pertenecerle a Él. Francisco entendió vivencialmente que lo suyo era vivir en permanente conversión, en camino penitencial.

En la que podemos llamar segunda etapa del itinerario espiritual de Francisco -a partir de este momento, volvemos a nuestras *Floreillas*-, recibe la llamada a vivir la forma de vida del santo Evangelio y pone en marcha el movimiento franciscano. En él Francisco tiene que aprender a ser el menor y el líder del grupo a la vez, y a conjugar la fidelidad de su radical seguimiento de Cristo pobre con las necesidades de la convivencia fraterna; tiene que aprender a vivir unidos el intenso trabajo y las ricas relaciones que han surgido: hermanos, Clara, etc., y el comenzar a ser un hombre público, admirado y controvertido a la vez. Tuvo que afrontar que Dios se hace historia en una misión concreta, en la responsabilidad de una Orden que él no había buscado.

Tuvo que afrontar cómo mantener la experiencia de Dios como absoluto de su vida en medio de la multiplicidad de relaciones y situaciones de cada momento, cómo conjugar oración, fraternidad, minoridad y misión para permanecer fiel al Amor más grande. Y lo mismo en su relación con la Iglesia. Los hermanos encontraron dificultades en algunos lugares, ante la negativa de los obispos para que pudiesen establecerse en sus diócesis. Pero curiosamente, Francisco, que no iba de reformador, no vivió ninguna disociación entre Evangelio e Iglesia. La Iglesia había sido para él su mejor hogar, donde estaba haciendo su camino espiritual. En el fondo la Iglesia fue la mediación que hizo posible su experiencia clave de encuentro y amor. Además, los hermanos tenían que situarse en ella como los últimos,

¹⁶ *Oh alto y glorioso Dios, ilumina las tinieblas de mi corazón. Dame fe recta, esperanza cierta, caridad perfecta, sentido y conocimiento, Señor, para que cumpla tu santo y veraz mandamiento.*

como menores, *juglares de Dios* más que sesudos pensadores.

Ante el crecimiento de la Orden y su misión, Francisco tuvo que vivir el planteamiento de grandes cuestiones que afectaron sin duda a su experiencia más íntima: ¿dedicación al prójimo o a la oración? (cap. 16), o todo lo relacionado con la radicalidad profesada y la realidad de la condición humana (atención a las necesidades, motivaciones ambiguas, limitaciones...). Francisco vivió también la tensión entre ser líder ejecutivo del grupo o ser una referencia carismática y profética para los hermanos. Los años de expansión de la Orden pusieron a prueba la calidad de sus relaciones interpersonales y la ancladura de su corazón. Se alegraba con la llegada de nuevos hermanos, pero tenía que aprender a ser guía, con el cuidado y solicitud por los hermanos concretos y sus problemas y necesidades reales. Tuvo que aprender a pedir consejo y a discernir concretamente lo que venía de Dios y lo que era sólo eficacia, influencia social y éxito institucional.

Las *Florecillas*, como el resto de biografías y leyendas, también nos permiten otear que Francisco sufrió tentaciones contra la castidad y la minoridad, o temporadas de aridez espiritual. Tuvo que aprender a vivir como a dos niveles: tener que estar en todo (responsabilidades, viajes de predicación, conflictos diversos, resonancias de tantos afectos y relaciones, preocupaciones) y, por otro lado, su corazón fijado en el Señor, dejándole a Él las riendas de la propia vida.

La evolución misma de la fraternidad le debió crear una gran tensión, reflejada en las *Florecillas* en todo lo relacionado con fray Elías. El radicalismo evangélico recibido como vocación apelaba a lo mejor, pero podía ser causa de lo peor: individualismo anárquico, iluminismo espiritual o fanatismo ideológico. ¿Cómo vivir constantemente la desapropiación que nace de la cruz de Cristo y de haber conocido vivencialmente que sólo Dios basta, que sólo Dios es bueno y que sólo Dios es?

Francisco quería ser el menor, y tuvo que serlo en el prestigio; quería ser mártir, tuvo que entregar la vida en la fraternidad y la misión. Y es que Francisco fue teniendo cada vez más claro que era Dios quien llevaba la iniciativa. Tuvo que vivir sin saber de antemano dónde estaba el camino: sólo una certeza, Dios no es caprichoso, Dios es fiel.

Lo que las *Florecillas* nos transmiten de la magnanimidad, la prontitud de espíritu, la entrega incondicional de Francisco, tiene que ver con la obra del Espíritu en él, con su docilidad a la obra de Dios, que seguramente tantas veces no tuvo las formas que él esperaba.

Bien podemos decir que Francisco alcanzó una madurez humana y espiritual excepcional, lo cual no le ahorró dificultades y retos, sino más

bien al contrario, le hacía vivir poniendo constantemente en juego su libertad, su capacidad de amar y la entrega radical al Amor más grande, en lo prosaico y duro de lo cotidiano.

La etapa final de la vida de Francisco fue realmente el culmen de su identificación con Cristo. El Espíritu Santo logró hacerlo un discípulo de Jesús que con verdad podía decir que vivía en Cristo, que su vida era Cristo. Junto a la experiencia mística de la estigmatización, Francisco vivió su dimisión en la responsabilidad directa de gobierno, las dificultades de redactar la Regla definitiva, sus graves enfermedades y la fama de santidad. Francisco sentía soledad y, a la vez, amor extremo a los hermanos; el dolor, el límite y la debilidad de las enfermedades junto a las caricias y consuelos de los hermanos y amigos. Aprende definitivamente a desapropiarse y confiar su fraternidad en manos del Padre.

Francisco vive el seguimiento de Jesús hasta el final, hasta la cruz: *el que quiera ganar su vida..., si el grano de trigo no cae en tierra y muere...*, la alegría en el despojo, la fecundidad en la desapropiación, la sabiduría en la *locura* de la cruz. Se ha dicho que Francisco vivió entonces una *noche oscura* en la que deslumbra la obra de Dios: de la amargura de la ceguera y la tribulación le surge el *cántico del hermano sol*; de las dificultades de ser tan numerosa la fraternidad, le surge la *verdadera alegría*; quedan así en primer plano la desapropiación total y la confianza plena en el que inició la obra, el único Dueño de la mies.

Se sabe que las enfermedades, con sus dolores continuos, suelen propiciar sequedad de espíritu. Por eso llama la atención la intensidad con la que Francisco vivió este tiempo crucial de su vida y cómo se extrema su ductilidad al Dios fiel. Las cinco *Consideraciones sobre las llagas* de las *Floreillas* nos muestran un hombre herido por la vida y profundamente pacificado en los brazos del Padre, un hombre que morirá poco después con la sensación profunda de haber cumplido su misión, más pobre y más confiado que nunca, bendiciendo, y habitado definitivamente en su mente y su corazón por el Dios del Crucificado-Resucitado.

5. Tres *floreillas* para los jóvenes de hoy

a. La perfecta alegría (cap. 8): *Cómo San Francisco enseñó al hermano León en qué consiste la alegría perfecta*¹⁷

¹⁷ El texto es el de la edición de los escritos y biografías de San Francisco de Asís de la BAC: *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época* (edición preparada por J. A. GUERRA), Ed. BAC, Madrid 2003 (2ª ed., corregida y actualizada).

Iba una vez San Francisco con el hermano León de Perusa a Santa María de los Ángeles en tiempo de invierno. Sintiéndose atormentado por la intensidad del frío, llamó al hermano León, que caminaba un poco delante, y le habló así:

— *¡Oh hermano León!: aun cuando los hermanos menores dieran en todo el mundo grande ejemplo de santidad y de buena edificación, escribe y toma nota diligentemente que no está en eso la alegría perfecta.*

Siguiendo más adelante, lo llamó San Francisco por segunda vez:

— *¡Oh hermano León!: aunque el hermano menor devuelva la vista a los ciegos, enderece a los tullidos, expulse a los demonios, haga oír a los sordos, andar a los cojos, hablar a los mudos y, lo que aún es más, resucite a un muerto de cuatro días, escribe que no está en eso la alegría perfecta.*

Caminando luego un poco más, San Francisco gritó con fuerza:

— *¡Oh hermano León!: aunque el hermano menor llegara a saber todas las lenguas, y todas las ciencias, y todas las Escrituras, hasta poder profetizar y revelar no sólo las cosas futuras, sino aun los secretos de las conciencias y de las almas, escribe que no es ésta la alegría perfecta.*

Yendo un poco más adelante, San Francisco volvió a llamarle fuerte:

— *¡Oh hermano León, ovejuela de Dios!: aunque el hermano menor hablara la lengua de los ángeles, y conociera el curso de las estrellas y las virtudes de las hierbas, y le fueran descubiertos todos los tesoros de la tierra, y conociera todas las propiedades de las aves y de los peces y de todos los animales, y de los hombres, y de los árboles, y de las piedras, y de las raíces, y de las aguas, escribe que no está en eso la alegría perfecta.*

Y, caminando todavía otro poco, San Francisco gritó fuerte:

— *¡Oh hermano León!: aunque el hermano menor supiera predicar tan bien que llegase a convertir a todos los infieles a la fe de Jesucristo, escribe que ésta no es la alegría perfecta.*

Así fue continuando por espacio de dos millas. Por fin, el hermano León, lleno de asombro, le preguntó:

— *Padre, te pido, de parte de Dios, que me digas en qué está la alegría perfecta.*

Y San Francisco le respondió:

— *Sí, cuando lleguemos a Santa María de los Ángeles, mojados como estamos por la lluvia y pasmados de frío, cubiertos de lodo y desfallecidos de hambre, llamamos a la puerta del lugar y llega malhumorado el portero y grita: «¿Quiénes sois vosotros?» Y nosotros le decimos: «Somos dos de vuestros hermanos». Y él dice: «¡Mentira! Sois dos bribones que vais engañando al mundo y robando las limosnas de los pobres. ¡Fuera de aquí!» Y no nos abre y nos tiene allí fuera aguantando la nieve y la lluvia, el frío y el hambre hasta la noche. Si sabemos soportar con paciencia, sin alterarnos y sin murmurar contra él, todas esas injurias, esa crueldad y ese rechazo, y sí, más bien, pensamos, con humildad y caridad, que el portero nos conoce*

bien y que es Dios quien le hace hablar así contra nosotros, escribe, ¡oh hermano León!, que aquí hay alegría perfecta. Y si nosotros seguimos llamando, y él sale fuera furioso y nos echa, entre insultos y golpes, como a indeseables importunos, diciendo: «¡Fuera de aquí, ladronzuelos miserables; id al hospital, porque aquí no hay comida ni hospedaje para vosotros!» Si lo sobrellevamos con paciencia y alegría y en buena caridad, ¡oh hermano León!, escribe que aquí hay alegría perfecta. Y si nosotros, obligados por el hambre y el frío de la noche, volvemos todavía a llamar, gritando y suplicando entre llantos por el amor de Dios, que nos abra y nos permita entrar, y él más enfurecido dice: «¡Vaya con estos pesados indeseables! Yo les voy a dar su merecido». Y sale fuera con un palo nudoso y nos coge por el capucho, y nos tira a tierra, y nos arrastra por la nieve, y nos apalea con todos los nudos de aquel palo; si todo esto lo soportamos con paciencia y con gozo, acordándonos de los padecimientos de Cristo bendito, que nosotros hemos de sobrellevar por su amor, ¡oh hermano León!, escribe que aquí hay alegría perfecta.

— Y ahora escucha la conclusión, hermano León: por encima de todas las gracias y de todos los dones del Espíritu Santo que Cristo concede a sus amigos, está el de vencerse a sí mismo y de sobrellevar gustosamente, por amor de Cristo Jesús, penas, injurias, oprobios e incomodidades. Porque en todos los demás dones de Dios no podemos gloriarnos, ya que no son nuestros, sino de Dios; por eso dice el Apóstol: ¿Qué tienes que no hayas recibido de Dios? Y si lo has recibido de Él, ¿por qué te glorías como si lo tuvieras de ti mismo? (1Cor 4,7). Pero en la cruz de la tribulación y de la aflicción podemos gloriarnos, ya que esto es nuestro; por lo cual dice el Apóstol: No me quiero gloriarme sino en la cruz de Cristo (Gal 6,14). A Él sea siempre loor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Esta *florezilla* de la *perfecta alegría* quizás sea, junto con el *Cántico del hermano sol*, la perla más preciosa que San Francisco ha dejado en herencia a los cristianos de todos los tiempos. Por eso, ¿cómo no pensar que también para los jóvenes de nuestros días un relato así ha de ser especialmente luminoso?

Si algo buscan los jóvenes es la felicidad; muchos, por alcanzarla, se meten incluso en infiernos como el de las drogas, y otros, desconfiados y escépticos, acaban acomodándose a la mediocridad de una sociedad del bienestar que pretende contentarse con una serie de equilibrios imposibles para acabar sirviendo en el fondo a su dios, el dinero. Sin embargo, el corazón del hombre, del joven, no descansará hasta que encuentre la *perfecta alegría*. San Francisco, desde joven, había recorrido un largo camino, ya mencionado al recordar su itinerario espiritual; por eso, en esta *florezilla*, se muestra como el maestro que entrega su experiencia al

discípulo para que pueda alcanzar no sucedáneos de felicidad, sino la meta de una vida plena y feliz. Todo ser humano busca esta *perfecta alegría*, y todo ser humano corre el riesgo de equivocarse y llamar *perfecta alegría* a lo que pueden ser logros importantes, etapas incluso necesarias en el camino de la vida, pero no meta definitiva y segura.

Dentro de las fuentes franciscanas, la versión que nos ofrece esta *florequilla*, a diferencia de otras, no hace referencia a la situación concreta que estaba viviendo el movimiento franciscano, sino que nos ofrece una lección intemporal de perfección, por lo tanto también válida aquí y ahora.

Todo ser humano corre el riesgo de buscar la felicidad en la propia autorrealización, en el placer, el poder, el éxito, el aplauso y reconocimiento ajeno, etc. Todos corremos el riesgo de llamar dios a la obra de nuestras manos. Las alegrías y gozos habituales de la vida –satisfacción de nuestras necesidades, alegría de la amistad, todo lo que nos hace salir de nosotros mismos, las verdades que nos liberan de ignorancias y engaños, incluso la satisfacción de tener sentimientos religiosos sanos y ser capaces de hacer el bien a los demás- no son la *alegría perfecta*. ¡Cómo lo había experimentado Francisco! Éste es un peligro grande para jóvenes buenos y religiosos, pero centrados en sus conquistas de perfección más que en la cruz de Cristo, donde realmente está la salvación.

Por eso conviene leer una y otra vez esta *florequilla*, hasta que, cual a hermano León, Francisco vaya desenmascarando en nosotros dónde no está la *perfecta alegría*.

No está la *perfecta alegría* en dar una buena imagen, ni siquiera en dar ejemplo de santidad, porque esta imagen puede ser ambigua, y ser sólo signo de *mis* conquistas y *mis* logros, y no reflejo de la santidad del Único santo; no está tampoco en mis obras buenas, incluso en las obras de caridad hacia los más necesitados, porque efectivamente puedo haberme buscado sólo a mí mismo y haber usado así a los demás; tampoco está en un dilatado manejo de las ciencias humanas y espirituales, ni siquiera en conseguir que todos se conviertan a la fe católica, porque en estas altas metas puedo estar buscando mi gloria y no la de Dios. Parece como si Francisco quisiera desarmar al hermano León, como si quisiera que todo hombre se desprotegiera de una vez y, como niño ávido de luz y verdad, preguntara: ¿dónde está, pues, la *perfecta alegría*? ¡Qué llamada a la radicalidad! ¡Dichosa el alma del hombre que se atreva a escuchar la respuesta de Francisco como llamada a la eterna novedad del Evangelio!

Francisco, con belleza inaudita, con enorme plasticidad, va revelando que la *perfecta alegría* sólo se puede encontrar en amar hasta la cruz, hasta dar la vida, en identificarse totalmente con Jesucristo, que da la vida por los pecadores, por sus verdugos, por todos, que a quienes le quitan la vida les

da a su propia Madre. La *perfecta alegría* está en sufrir por amor. Esto no es masoquismo, esto no produce enfermedades psicológicas, esto no es *dolorismo* superficial; es amor auténtico, aprendido de la única fuente del Amor, Dios mismo revelado en Cristo Jesús. Así se alcanza la verdadera libertad, se encuentra la sabiduría perdurable y se vive en la belleza que es Dios.

La eterna novedad de este relato está en que, cuando uno lo lee o escucha, percibe que San Francisco está ofreciendo su experiencia, y por eso te hace sentir y entender que es verdad, que tú no estás llamado a menos, que para ti también es posible un amor así, una alegría total, plena y perfecta.

b. El lobo de Gubbio (cap. 21):

Cómo San Francisco amansó, por virtud divina, un lobo ferocísimo

En el tiempo en que San Francisco moraba en la ciudad de Gubbio, apareció en la comarca un grandísimo lobo, terrible y feroz, que no sólo devoraba los animales, sino también a los hombres; hasta el punto de que tenía aterrorizados a todos los habitantes, porque muchas veces se acercaba a la ciudad. Todos iban armados cuando salían de la ciudad, como si fueran a la guerra; y aun así, quien topaba con él estando solo no podía defenderse. Era tal el terror, que nadie se aventuraba a salir de la ciudad.

San Francisco, movido a compasión de la gente del pueblo, quiso salir a enfrentarse con el lobo, desatendiendo los consejos de los habitantes, que querían a todo trance disuadirle. Y, haciendo la señal de la cruz, salió fuera del pueblo con sus compañeros, puesta en Dios toda su confianza. Como los compañeros vacilaran en seguir adelante, San Francisco se encaminó resueltamente hacia el lugar donde estaba el lobo. Cuando he aquí que, a la vista de muchos de los habitantes, que habían seguido en gran número para ver este milagro, el lobo avanzó al encuentro de San Francisco con la boca abierta; acercándose a él, San Francisco le hizo la señal de la cruz, lo llamó a sí y le dijo:

— ¡Ven aquí, hermano lobo! Yo te mando, de parte de Cristo, que no hagas daño ni a mí ni a nadie.

¡Cosa admirable! Apenas trazó la cruz San Francisco, el terrible lobo cerró la boca, dejó de correr y, obedeciendo la orden, se acercó mansamente, como un cordero, y se echó a los pies de San Francisco. Entonces, San Francisco le habló en estos términos:

— Hermano lobo, tú estás haciendo daño en esta comarca, has causado grandísimos males, maltratando y matando las criaturas de Dios sin su permiso; y no te has contentado con matar y devorar las bestias, sino que has tenido el atrevimiento de dar muerte y causar daño a los hombres, hechos a imagen de Dios. Por todo ello has merecido la horca como ladrón

y homicida malvado. Toda la gente grita y murmura contra ti y toda la ciudad es enemiga tuya. Pero yo quiero, hermano lobo, hacer las paces entre tú y ellos, de manera que tú no les ofendas en adelante, y ellos te perdonen toda ofensa pasada, y dejen de perseguirte hombres y perros.

Ante estas palabras, el lobo, con el movimiento del cuerpo, de la cola y de las orejas y bajando la cabeza, manifestaba aceptar y querer cumplir lo que decía San Francisco. Díjole entonces San Francisco:

— Hermano lobo, puesto que estás de acuerdo en sellar y mantener esta paz, yo te prometo hacer que la gente de la ciudad te proporcione continuamente lo que necesites mientras vivas, de modo que no pases ya hambre; porque sé muy bien que por hambre has hecho el mal que has hecho. Pero, una vez que yo te haya conseguido este favor, quiero, hermano lobo, que tú me prometas que no harás daño ya a ningún hombre del mundo y a ningún animal. ¿Me lo prometes?

El lobo, inclinando la cabeza, dio a entender claramente que lo prometía. San Francisco le dijo:

— Hermano lobo, quiero que me des fe de esta promesa, para que yo pueda fiarme de ti plenamente.

Tendióle San Francisco la mano para recibir la fe, y el lobo levantó la pata delantera y la puso mansamente sobre la mano de San Francisco, dándole la señal de fe que le pedía. Luego le dijo San Francisco:

— Hermano lobo, te mando, en nombre de Jesucristo, que vengas ahora conmigo sin temor alguno; vamos a concluir esta paz en el nombre de Dios. El lobo, obediente, marchó con él como manso cordero, en medio del asombro de los habitantes. Corrió rápidamente la noticia por toda la ciudad; y todos, grandes y pequeños, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, fueron acudiendo a la plaza para ver el lobo con San Francisco. Cuando todo el pueblo se hubo reunido, San Francisco se levantó y les predicó, diciéndoles, entre otras cosas, cómo Dios permite tales calamidades por causa de los pecados; y que es mucho más de temer el fuego del infierno, que ha de durar eternamente para los condenados, que no la ferocidad de un lobo, que sólo puede matar el cuerpo; y si la boca de un pequeño animal infunde tanto miedo y terror a tanta gente, cuánto más de temer no será la boca del infierno. «Volveos, pues, a Dios, carísimos, y haced penitencia de vuestros pecados, y Dios os librará del lobo al presente y del fuego infernal en el futuro».

Terminado el sermón, dijo San Francisco:

— Escuchad, hermanos míos: el hermano lobo, que está aquí ante vosotros, me ha prometido y dado su fe de hacer paces con vosotros y de no dañaros en adelante en cosa alguna si vosotros os comprometéis a darle cada día lo que necesita. Yo salgo fiador por él de que cumplirá fielmente por su parte el acuerdo de paz.

Entonces, todo el pueblo, a una voz, prometió alimentarlo continuamente. Y

San Francisco dijo al lobo delante de todos:

— Y tú, hermano lobo, ¿me prometes cumplir para con ellos el acuerdo de paz, es decir, que no harás daño ni a los hombres, ni a los animales, ni a criatura alguna?

El lobo se arrodilló y bajó la cabeza, manifestando con gestos mansos del cuerpo, de la cola y de las orejas, en la forma que podía, su voluntad de cumplir todas las condiciones del acuerdo. Añadió San Francisco:

— *Hermano lobo, quiero que así como me has dado fe de esta promesa fuera de las puertas de la ciudad, vuelvas ahora a darme fe delante de todo el pueblo de que yo no quedaré engañado en la palabra que he dado en nombre tuyo.*

Entonces, el lobo, alzando la pata derecha, la puso en la mano de San Francisco. Este acto y los otros que se han referido produjeron tanta admiración y alegría en todo el pueblo, así por la devoción del Santo como por la novedad del milagro y por la paz con el lobo, que todos comenzaron a clamar al cielo, alabando y bendiciendo a Dios por haberles enviado a San Francisco, el cual, por sus méritos, los había librado de la boca de la bestia feroz.

El lobo siguió viviendo dos años en Gubbio; entraba mansamente en las casas de puerta en puerta, sin causar mal a nadie y sin recibirlo de ninguno. La gente lo alimentaba cortésmente, y, aunque iba así por la ciudad y por las casas, nunca le ladraban los perros. Por fin, al cabo de dos años, el hermano lobo murió de viejo; los habitantes lo sintieron mucho, ya que, al verlo andar tan manso por la ciudad, les traía a la memoria la virtud y la santidad de San Francisco. En alabanza de Cristo. Amén.

Mucho se ha escrito sobre la historicidad de este episodio de la vida de San Francisco¹⁸, pero sin duda estamos ante otra de las páginas más conocidas de su vida, llena de luz y sugerencia para nosotros hoy, independientemente de los resultados de la aludida crítica histórica.

En el fondo de este sugestivo relato está el problema de cómo enfrentarse al mal, cómo hacer realidad la profecía de Isaías: *habitará el lobo junto al cordero*. Así, aunque muchas veces esta utopía no llegue a realizarse, este

¹⁸ T. GÁLVEZ CAMPOS, o.c., p. 588: *Autores recientes han creído ver en el lobo de Gubbio una velada referencia a la conversión de El Lobo, famoso bandido de La Verna —o de Montecasale—, que se habría hecho fraile. Sin embargo, antes de dar por buena dicha hipótesis, que no hace sino sustituir un mito por otro, hay que prestar más atención a las fuentes, porque, con datos documentales en la mano, en Gubbio pudo haber algo más que el referido intercambio de palabras entre el Santo y los campesinos, acerca de los lobos. En una versión de la Leyenda versificada de Enrique de Avranches, posterior a la Leyenda mayor de San Buenaventura, leemos*

relato franciscano afianza la esperanza de que todo empeño por construir la paz, por llegar a la pacificación de los que se consideran enemigos, merece la pena.

Francisco, en vez de armarse contra el enemigo –así hacían los habitantes de Gubbio–, conecta con sus entrañas, *siente compasión de la gente del pueblo*, y empuña su única arma: Cristo. Así puede dirigirse al lobo con verdad, dejando patente que está haciendo daño a hombres y animales y que eso le hace merecedor de la muerte. Francisco no enmascara la realidad, sino que la afronta con toda su crudeza, para poner de manifiesto que incluso las situaciones más conflictivas pueden hallar salida: el cambio de actitudes, la confianza en el cambio del otro, el perdón ofrecido y aceptado, y los gestos concretos para mostrar que el cambio es real.

La violencia del lobo había generado la violencia defensiva de los habitantes de la ciudad. Es el eterno círculo vicioso del mal que genera más maldad. Francisco intuye el origen del mal, por eso puede colaborar para desenmascararlo. Francisco supera el miedo y se coloca cara a cara ante el enemigo común e irracional –el mal siempre lo es–; tras poner el nombre justo a las diversas actitudes de los que intervienen en el conflicto, busca un pacto posible, da los pasos necesarios, busca aquello que garantice su cumplimiento, y lo actúa.

Cuando se comparte lo que se tiene, se allana el camino del encuentro entre unos y otros¹⁹; cuando hay que rivalizar para conseguir lo necesario,

lo siguiente: ‘Se dice que un lobo famoso fue amansado por su intervención y reconciliado con una villa’. Un pergamino de Gubbio, del año 1267, refiere el hecho y lo sitúa ‘en el lugar llamado Columna del lobo’. Del lobo de Gubbio se habla también en el Speculum Vitae atribuido a fray Fabián Húngaro (1337), y en el Liber de conformitate de fray Bartolomé de Pisa (1386). Del siglo XIV era también un fresco de la iglesia de San Francisco de Gubbio, hoy desaparecido, pero reproducido en un dibujo legalizado ante notario en 1655, que representaba al Santo conduciendo un lobo a la casa de su amigo Giacomello Spadalunga, que lo espera a la puerta. Ilustraba la escena una frase incompleta que decía: ‘lobo malvado, no hagas daño...’. Un siglo después, en 1437, Sassetta pintaba también, en Borgo Sansepolcro, la escena del amansamiento del lobo a las puertas de Gubbio, mientras un notario toma nota del pacto acordado entre la ciudad y el animal. Y aún hay más: el 30 de noviembre de 1503, los frailes de Gubbio obtuvieron permiso para edificar una iglesita dedicada a ‘San Francisco de la Paz’ en el lugar donde se conservaban los restos del animal, restos que salieron a la luz no hace muchos años.

¹⁹ BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate*, 27: Además, en la era de la globalización, eliminar el hambre en el mundo se ha convertido también en una meta que se ha de lograr para salvaguardar la paz y la estabilidad del planeta.

se desarrollan perversos mecanismos de subsistencia que acaban generando una enorme espiral de violencia. Esto vale para los bienes materiales y también para todo tipo de necesidades personales: afectivas, laborales, etc.

Cuánta luz aporta esta *florezilla* para las relaciones sociales y las relaciones personales, incluso para las relaciones dentro de las mismas familias. Los conflictos son muchas veces inevitables. La experiencia de Francisco nos enseña que tienen salida, que se pueden superar, que incluso pueden servir para elevar el grado de una relación. El lobo y los habitantes de Gubbio, antes de su conflicto, habían vivido una coexistencia pacífica, cada uno respetando el terreno del otro. Tras la superación del conflicto, nace una nueva relación de profunda amistad. A esto apunta esta *florezilla*, a la necesidad de creer que los conflictos bien superados generan relaciones más estrechas, hacen posible una verdadera paz nacida del perdón; creer en la posibilidad de que el otro puede cambiar y, en el fondo, ayudarme a cambiar también a mí.

Con todo, este relato tiene mucho de contracultural, porque Francisco ve claro que el lobo está rompiendo la imagen de Dios presente en todas sus criaturas y especialmente en el hombre; Francisco ve también que Dios ha permitido este mal *por causa de los pecados y que es mucho más de temer el fuego del infierno*. Incluso para los no creyentes debería ser luminosa esta visión de Francisco, porque siempre ayuda a superar un conflicto el ampliar la visión del problema e ir al fondo de las cuestiones. Y en el fondo, los creyentes sabemos que está nuestra relación con Dios, que Él es la paz verdadera, la fuente de toda paz, y que sólo la conversión a Dios puede llevarnos a permanecer en el Amor y practicar así el perdón y la mansedumbre. Porque llevaba en el corazón la paz de Cristo, Francisco perdió el miedo y pudo sembrar la paz verdadera.

Por mucho que sea contracultural, para el joven de hoy también es una luz preciosa saber que la santidad de Francisco es la santidad a la que todos y en todos los tiempos somos llamados, y que ésta es la única manera de hacer realidad la utopía de unas familias, de unas naciones y de un mundo en paz y pacificado.

c. Predicación ante el sultán de Egipto (cap. 24):

*Cómo San Francisco convirtió a la fe al sultán de Babilonia*²⁰

²⁰ Nota de la edición de la BAC, pp. 842-843: '*Babilonia*' era el nombre que se daba en Europa por aquel tiempo a la capital de Egipto, El Cairo. El sultán cuya conversión intentó San Francisco era Melek-el-Kamel, empeñado a la sazón en hacer frente a la

San Francisco, impulsado por el celo de la fe de Cristo y por el deseo del martirio, pasó una vez al otro lado del mar con doce compañeros suyos muy santos con intención de ir derechamente al sultán de Babilonia. Llegaron a un país de sarracenos, donde los pasos fronterizos estaban guardados por hombres tan crueles, que ningún cristiano que se aventurase a atravesarlos podría salir con vida; pero plugo a Dios que no murieran, sino que fueran presos, apaleados y atados, y luego conducidos a la presencia del sultán. Delante de él, San Francisco, bajo la guía del Espíritu Santo, predicó tan divinamente la fe de Jesucristo, que para demostrarla se ofreció a entrar en el fuego.

El sultán le cobró gran devoción debido a esa su constancia en la fe y al desprecio del mundo que observaba en él, pues, siendo pobrísimo, no quería aceptar regalo ninguno, como también por el anhelo del martirio que mostraba. Desde entonces, el sultán le escuchaba con agrado, le rogó que volviese a verle con frecuencia y le concedió a él y a sus compañeros que pudiesen predicar libremente donde quisieran. Y les dio una contraseña a fin de que no fuesen molestados de nadie.

Obtenido este salvoconducto, envió San Francisco de dos en dos a sus compañeros a diversas regiones de los sarracenos a predicar la fe de Cristo; y él, con uno de ellos, se encaminó al país que había elegido. Llegado allá, entró en un albergue para reposar. Había allí una mujer muy hermosa de cuerpo, pero sucia de alma, y esta mujer maldita provocó a San Francisco al pecado.

— Acepto -le dijo San Francisco-; vamos a la cama.

Y ella lo condujo a su cuarto. Entonces le dijo San Francisco:

— Ven conmigo, que te quiero llevar a un lecho mucho más bonito.

La llevó a una grande fogata que tenían encendida en aquella casa, y con fervor de espíritu se desnudó por completo, se echó junto al fuego sobre el suelo ardiente y la invitó a ella a desnudarse y tenderse también en una cama tan mullida y hermosa. Y estuvo así San Francisco por largo espacio con el rostro alegre, sin quemarse ni tostarse lo más mínimo. La mujer, espantada ante tal milagro y compungida en su corazón, no sólo se arrepintió del pecado y de su mala intención, sino que se convirtió totalmente a la fe de Cristo, y alcanzó tan gran santidad, que se salvaron muchas almas por su medio en aquel país.

quinta cruzada lanzada por los pueblos cristianos. El viaje de San Francisco y su entrada pacífica más allá de las filas mahometanas hasta lograr ser recibido amistosamente por el sultán, está avalado por las fuentes históricas y aun por un testigo presencial: el obispo de San Juan de Acre, Jacobo de Vitry, en una carta escrita desde Damieta en marzo de 1220.

Finalmente, viendo San Francisco que no era posible lograr mayor fruto en aquellas tierras, determinó, por divina inspiración, volver con todos sus compañeros a tierra de cristianos; los reunió a todos y fue a despedirse del sultán. Entonces le dijo el sultán:

— Hermano Francisco, yo me convertiría de buena gana a la fe de Cristo, pero temo hacerlo ahora, porque, si éstos llegaran a saberlo, me matarían a mí y te matarían a ti con todos tus compañeros. Tú puedes hacer todavía mucho bien y yo tengo que resolver asuntos de gran importancia; no quiero, pues, ser causa ni de tu muerte ni de la mía. Pero enséñame cómo puedo salvarme; yo estoy dispuesto a hacer lo que tú me digas.

Díjole entonces San Francisco:

— Señor, yo tengo que dejarte ahora; pero, una vez que esté de vuelta en mi país y haya ido al cielo, con el favor de Dios, después de mi muerte, si fuere voluntad de Dios, te mandaré a dos de mis hermanos, de mano de los cuales tú recibirás el bautismo de Cristo y te salvarás, como me lo ha revelado mi Señor Jesucristo. Tú, entre tanto, vete liberándote de todo impedimento, para que, cuando llegue a ti la gracia de Dios, te encuentre dispuesto a la fe y a la devoción.

El sultán prometió hacerlo así y lo cumplió.

Después de esto, emprendió el viaje de vuelta con aquel venerable colegio de sus santos compañeros. A los pocos años, San Francisco entregó su alma a Dios por muerte corporal. El sultán, que había caído enfermo, esperaba el cumplimiento de la promesa de San Francisco, e hizo colocar guardias en ciertos puntos con el encargo de que, si aparecían dos hermanos con el hábito de San Francisco, fuesen al punto conducidos a su presencia. Por el mismo tiempo se apareció San Francisco a dos hermanos y les ordenó que, sin perder tiempo, marchasen al sultán y procurasen su salvación, como él se lo había prometido. Aquellos hermanos pasaron en seguida el mar y fueron conducidos por los guardias a la presencia del sultán. Al verlos éste, se llenó de alegría y les dijo:

— Ahora sé verdaderamente que Dios me ha enviado a sus siervos para mi salvación, conforme a la promesa que me hizo San Francisco por revelación divina.

Recibió, pues, de aquellos hermanos la enseñanza de la fe de Cristo y el santo bautismo; y, regenerado así en Cristo, murió de aquella enfermedad y su alma fue salva por las oraciones y los méritos de San Francisco. En alabanza de Cristo. Amén.

Otra hermosísima *florezilla*, con base histórica indiscutible y mensaje de gran actualidad también hoy.

San Francisco vivió con profundidad la llamada a la misión. Todo el que conoce y ama a Jesucristo se ve urgido a proclamar a los cuatro vientos que sólo Él es el Salvador, que en Él lo tenemos todo y sin Él aún nos falta

la clave de bóveda sobre la que asentar el edificio de la propia existencia. No tiene nada de extraño, pues, el deseo de Francisco de ir a anunciar el Evangelio allí donde no era conocido e incluso allí donde los cristianos eran perseguidos. Francisco es presentado como otro Cristo, dispuesto a dar la vida y acompañado por doce hermanos. La novedad de esta experiencia misionera estriba en que su marco histórico es el de la quinta cruzada; el Poverello tuvo ocasión de testimoniar que era posible misionar usando el Evangelio como única arma, sin la más mínima violencia, con sólo el fuego del amor de Dios en el corazón.

Algunos han querido ver aquí a un precursor del diálogo interreligioso e incluso a un pionero de los que buscan una religión que sea el compendio de lo mejor de todas las religiones. Nada más lejos de la realidad y de los deseos de San Francisco. Incluso el episodio de la mujer que lo tienta con la hermosura de su cuerpo fue ocasión, no rechazada sino usada por él, para atraerla a la fe verdadera. Es más, en el trasfondo de esta *florequilla* está el episodio de la vida de Mahoma en el que *se cuenta que un día llegó a Medina una delegación de cristianos de la ciudad de Nadjan, presidida por su obispo, para rendir pleitesía al profeta y someterse a su autoridad civil. Tras una encendida diatriba acerca de la pasión de Cristo, Mahoma los invitó a demostrar la verdad de la encarnación y divinidad de Jesucristo mediante una ordalía o prueba de fuego. Los cristianos, sin embargo, prefirieron negociar con él lo que fuese, antes que aceptar el desafío. Por tanto, lo que el fraile de Asís pedía a los musulmanes no era sino desagraviar la actitud pusilánime de aquellos cristianos, recogiendo el reto que siglos atrás les lanzara el fundador del Islam*²¹. Francisco es, pues, el cristiano que no tiene miedo y arriesga su vida con tal de que resplandezca la luz de Cristo.

Desde la crítica histórica parece como imposible que el sultán se convirtiese a la fe católica, pero esta *florequilla* está indicando genialmente la dificultad que entraña para un hombre con poder el ser consecuente con lo que siente su corazón o ha entendido como verdadero. Lo que sí acepta la crítica histórica es que la presencia de Francisco afectó al sultán y tuvo sus efectos en la concesión de permisos especiales para la presencia franciscana en aquellas tierras.

Para quien lee esta preciosa *florequilla*, queda patente que las ansias misioneras de todo cristiano no han de tener límites, siempre que sus motivos y sus medios sean escrupulosamente evangélicos. San Francisco puso entonces en práctica lo que después quedó recogido en sus escritos:

²¹ T. GÁLVEZ CAMPOS, o.c., pp. 374-375.

es necesario llevar el Evangelio a los infieles y se han de usar dos modos, el primero, vivir entre ellos con la máxima humildad y respeto –evangelizar con las obras-, y el segundo, anunciar las verdades de la fe católica –evangelización verbal- sólo *cuando vean que agrada al Señor*. Impresiona la libertad de Francisco, su santa intuición, su docilidad a lo que el Espíritu le va sugiriendo y su empeño en ser consecuente con el don que ha recibido.

6. A modo de conclusión

Las *Floreccillas* de San Francisco encierran un tesoro. Leídas con ojos críticos, uno puede quedarse sólo con su belleza poética; leídas con ojos de fe, pueden iluminar la propia existencia, abrir caminos de conversión, estrenar o profundizar en la novedad constante de la relación de Dios con cada criatura. Con palabras del P. Javier Garrido, lo que hace que sean inmortales es *que nos colocan de bruces ante el fenómeno indomable de la santidad cristiana*²². *Los héroes de las Floreccillas no son los conquistadores de la radicalidad evangélica. Son como niños, porque “la puerta estrecha” del Reino sólo la atraviesan los pequeños, los que no se empeñan en crecer. Por eso, cuando encuentran el tesoro escondido, lo venden todo; pero nunca tienen la impresión de hacer nada especial, sino la sensación de alegría y liberación*²³.

²² J. GARRIDO, *Meditación del franciscanismo. Relectura de las Floreccillas*, Oñati 2003, pp. 268-269: *Lo han logrado con un lenguaje que, a pesar de sus ambigüedades, sigue siendo genial: por su capacidad de expresar las formas límites del Evangelio, y al mismo tiempo por suscitar la cercanía humana de sus personajes. El cristiano no adulterado por el racionalismo, que guarda su infancia interior, conecta con esta síntesis que me atrevo a calificar de única en la hagiografía.*

²³ *Ibid.*, p. 311.